

nutran, desde la escuela, con los jugos de la vida, de las cosas y del paisaje de la tierra. Creemos que el profesorado habrá comprendido este esfuerzo y hará leer en sus clases tan sugerentes trozos, que, junto con ilustraciones hechas por los mismos niños y otras por el magnífico dibujante Carrasco Délano, hacen de este libro un acabado conjunto.—LEONCIO GUERRERO.

■

<https://doi.org/10.29393/At257-258-317VNLD0317>

MI VIDA DE NEGRO, por *Richard Wright*.—Ed. Sudamericana.
Buenos Aires.

Pocas veces se puede leer un libro en el cual, sin descender a la abyección, se pueda decir que el drama de un hombre y de una raza, estriba precisamente en no poder alcanzar la dignidad que necesita, para poder obrar también con dignidad. Esta obra de Richard Wright, es uno de los documentos más desgarradores que hemos leído últimamente. No es la historia sentimental de la Cabaña del Tío Tom, sino las páginas vívidas plenas de desesperación y rebeldía de un hombre que para su desgracia nace con la sensibilidad de un artista y en su camino no encuentra otra cosa que desprecio, desdén, humillaciones y sufrimientos sin cuento.

Realmente aterra recorrer estas páginas y darse cuenta de lo que es la vida de los negros en EE. UU. y de cómo ese problema de raza que se ha ido ahondando en el tiempo y en el espacio, no tendrá jamás vías de solución. Es uno de esos conflictos de la humanidad al cual no se le ve arreglo porque la generosidad humana tiene sus límites y los prejuicios y los gustos son condiciones que no se pueden modificar cuando hay alrededor de una conciencia una terrible voluntad nacida de muchas gentes que no quieren reconocer los preceptos de la bondad y de la ecuanimidad humanas.

Richard Wright, no manifiesta ostensiblemente su odio

a la raza blanca, pero ese odio surge de cada una de sus páginas, de cada palabra, de cada episodio que cuenta, porque a la vez de ser el autor de este libro desgarrador, es también el actor de tantas y tantas escenas, en las cuales uno ve hasta dónde se puede endurecer el corazón humano, cuando se le entra en la mente la idea de que hay una raza inferior que no sabe sufrir ni conocer cuáles son los delicados sentimientos que cada ser lleva escondidos en su temperamento.

Y no es solamente las penas, las crueldades, las humillaciones que recibe a manos de los blancos, sino también en su propia casa, en donde dominan una serie de absurdos prejuicios, de increíbles ignorancias acerca de las cosas más sencillas y claras. Y esto le ocurre a este negro, junto a su madre, cuando apenas tiene unos pocos años, y junto a la abuela que no comprende la rebeldía viril, y el orgullo que le brota desde lo recóndito, para que al fin lo deje como expresión que perdurará a través de páginas que tienen un dramatismo y trágico desfilarse de hechos que dejan al lector trascendido de una de esas tristezas que no tienen consuelo. Esto al menos se ve en el libro de Richard Wright. La raza negra sigue viviendo su destino. Un destino que nada hará cambiar, porque en su curso va como un río que irremisiblemente debe llegar hasta el mar, el sentimiento de raza, o mejor dicho el resentimiento, puesto que por un lado hay un terrible desprecio y por el otro un odio feroz.

Quienquiera que lea estas páginas de Richard Wright, no podrá menos de sentir en lo más hondo de su espíritu la conmiseración de ver a una raza que se debate frente a un límite que jamás podrá traspasar: y ese límite es el que le impide figurar ampliamente en todas las actividades que la inteligencia humana permite desarrollar. Aquí en estas páginas a veces salvajemente doloridas de este negro de gran sensibilidad y de un talento superior, se ve como hay un abismo que no se podrá salvar aunque pasen años y años. Aunque la cultura y la bondad aumenten en el hombre hasta extremos increíbles. El ne-

gro seguirá siendo el negro que sólo puede ver cumplidos ciertos anhelos. En sus sueños deja en muchas ocasiones, o quiensabe si siempre, lo más noble y grande de sus aspiraciones, de ciudadano del mundo. En este libro que es un alarido trágico de rebeldía contra un destino injusto, queda palpablemente demostrado.—L. D.



POR LA FELICIDAD DE NUESTROS HIJOS, de *Irene Silva de Santolalla*.
Lima, 1945.

Esta bella obra de la señora Santolalla, inspirada por elevados ideales morales, posee un gran valor educativo por las sanas enseñanzas que para la vida social y familiar contiene.

La señora de Santolalla es autora de otros libros de índole análoga como son los titulados «Hacia un mundo mejor» y «Educación pre-matrimonial».

El de que nos ocupamos ha alcanzado su segunda edición que viene precedida de un hermoso Prólogo del eminente educador nacional señor Maximiliano Salas Marchán, que dice como sigue:

«Cuando apenas había aparecido esta obra «Por la felicidad de nuestros hijos», tuve el privilegio de apreciar y conocer en su magnitud la trascendencia de su valor social. Y fué para mí un deber tan grato como honroso manifestar a la señora Irene Silva de Santolalla, su autora, mi admiración por su descollante esfuerzo de iluminar en los hogares, con más resplandeciente llamarada, la responsabilidad de educar a los hijos.

«En realidad, es este un problema que repercute en todo el mundo. Pero adquiere mayor gravedad en nuestra América Latina. No hemos logrado consolidar, en el relativamente corto período de nuestra existencia racial, una tradición de hábitos de correcta formación hogareña.

«Así lo ha estimado, sin duda, la señora Silva de Santolalla,